

Los del 80

(FRAGMENTO)

En nuestro panorama intelectual aparece, ya habitualmente definido con el nombre de « Generación del 80 », un grupo de figuras representativas del espíritu propio de ese momento en que la evolución de nuestro organismo sociológico cierra la última etapa del convulsivo período de su constitución política y abre los horizontes de una nueva etapa de integración y desenvolvimiento de la personalidad nacional.

Son los hijos de aquellos cuya juventud vibrantemente dramática transcurrió en el peregrinaje de la expatriación, y cuyo espíritu, templado en la atmósfera ardiente del gran duelo con la tiranía, debió acendrar aún su energía combativa en la ardua empresa de organizar la reconquistada patria.

En su expresión más característica, esa generación es la de los que, nacidos en la década que va marchando a la hora final y augural de Caseros, llegan al florecimiento de madurada juventud cuando todo va cambiando en el cuadro de la vida argentina concentrada y reflejada en Buenos Aires.

Estos más caracterizados representantes de una evolución que acusa con definido relieve sus rasgos peculiares en la época que estudiamos, son Lucio V. López, Miguel Cané, Eduardo Wilde, Manuel Láinez, Santiago Estrada, Carlos Pellegrini, Eugenio Cambaceres, Delfín Gallo, José M. Ramos Mejía y otros que en éstos definen su tipo colectivo.

Por la edad, cuyo término medio señala en todos, poco más allá, poco más acá, *il mezzo del cammin di nostra vita*, quedarían también incorporados a este grupo José Manuel Estrada, Pedro

Goyena y Leandro N. Alem, que con no menos relieve que aquéllos, por cierto, destacaron su personalidad en la década que culmina en 1880.

Pero ya quedó dicho que la circunstancia cronológica concretada en esa fecha tiene sólo un valor expresivo de circunstancias que en ese momento definen más precisamente su influencia.

Así, pues, Estrada, Goyena, Alem y otros en igual caso no aparecen incluidos en el grupo eminentemente representativo del espíritu de su época, porque la tendencia y la precocidad docentes, que atribuyeron a los dos primeros la situación de maestros de sus contemporáneos, y en ellos y el otro la convicción unilateral acendrada en incommovible ideología, les negó el rasgo de ánimo flexible y renovador que vincula y caracteriza a los del núcleo aquél.

Por esto quizá es más propio el título de «Generación de *Juvenilia*», propuesta por Jorge Max Rhode en su libro *Las ideas estéticas en la literatura argentina*, que el de «Generación del 80», que sintéticamente resume en ese grupo de figuras las diversificaciones de un conjunto más vasto.

Por lo demás, esos que hemos nombrado son los primogénitos de la familia renovada y renovadora que destaca su inquietud en el cuadro intelectual y social del momento que contemplamos, pues hay también un rango de hermanos menores que se agitan en el camino común buscando algunas perspectivas propias.

Este es el grupo juvenil de Julio y Adolfo Mitre, de los Rivarola, los García Mérou, Alberto Navarro Viola, Joaquín Castellanos, Domingo Martinto, José Nicolás Matienzo, Ernesto Quesada, Alejandro Korn, Carlos Monsalve, Eduardo Holmberg, Julio Llanos y otros muchos de análogo tipo que sueñan, escriben (versos, sobre todo) y discuten actividades y rumbos literarios con vehemente y ambicioso ideal. Muchos de ellos, con no ser más que adolescentes, no verán ese mañana a que confían su activísima siembra de anhelos e ilusiones, pues morirán muy jóvenes, frustrándose así en ellos la esperada definición de sus personalidades.

El nuevo espíritu que estos grupos representan y que el prime-

ro, el de los mayores, afirma con personalidad y fisonomía definitivas, encuentra en particulares condiciones la vida porteña.

La solución del viejo conflicto político que mantuviera en crítica inestabilidad y ante incierto porvenir el dinamismo sociológico del país, determina una situación nueva a favor de la cual y como efecto más inmediato se transformará fundamentalmente la vida de Buenos Aires.

Durante los dos últimos años de la presidencia Avellaneda, las potencias de progreso que el organismo de la joven colectividad nacional nutre han empezado a hacerse sentir impulsando un movimiento cuya tensión sólo espera para desplegarse con amplitud y fuerza verdaderamente extraordinarias, la tranquilidad y la confianza en el futuro que el término de la histórica contienda de la Capital les asegura.

No se vivirá ya la vida de plaza pública que el crónico ardimiento cívico había hecho la de todos los días. El elemento inmigratorio ha ido afluyendo e incorporándose a la población con efectos de diluyente social; el movimiento de capitales que las grandes empresas de servicios públicos reclaman, y la circulación de las riquezas naturales que el avance de las líneas férreas facilita y amplía, estimulan una actividad de negocios que con rapidez acentúa el rasgo comercial en fisonomía colectiva.

Un animoso optimismo acoge desde 1880, bajo el gobierno hábil y de seguro pulso que preside el general Roca, las más atrevidas iniciativas de progreso.

Excitando ese entusiasmo de la fe en sí mismo y en el futuro, que alienta el espíritu público, va el intendente Torcuato de Alvear a emprender la transformación de «la gran aldea» en la capital que surgirá de entre los escombros de su propia vieja osamenta mordida y desmoronada en vastos huecos por la briosa decisión de la piqueta municipal.

Todo esto determina una substitución de valores y elementos en la hasta entonces homogénea colectividad patricia, y como consecuencia cambios sensibles en las condiciones y formas de la vida urbana.

Las fortunas pasan a otras manos produciéndose con ello un desplazamiento de influencias sociales.

El esforzado trabajo y la perseverante previsión del elemento extranjero que, sin nombre, ni autoridad, ni vinculaciones, sólo a esos medios podía confiar su estabilidad y adelanto, irá de día en día conquistando las posiciones que la confiada *noncuranza* criolla pierde en la correntada del movimiento progresivo cada vez más independizado de la acción del antiguo núcleo nativo.

Según el censo de 1887, en esa época el dominio de una considerable parte de las casas de la ciudad estaba ya en manos de extranjeros; 18.500 eran propiedad de éstos y sólo 15.400 (números redondos), de argentinos. De aquellas 18.500, eran 12.300 de italianos, que predominaban ya notablemente sobre las gentes de otras nacionalidades. (En un total de 240.000 extranjeros, 138.000 italianos.)

Los problemas de la vida pública resueltos, la tranquilidad asegurada y el futuro promisor, impulsan en 1880 un esfuerzo de actividades y un afán de engrandecimiento que habían de precipitar el ritmo febril esa exaltación hasta hacerla estallar, diez años más tarde, en histórica crisis económica y política.

Lucio V. López presenta así en *La gran aldea*, esa transformación inicial de la vida bonaerense:

«La escuela literaria de *Flor de un día* había hecho su época; hombres y libros nuevos dirigían el pensamiento argentino. El autor del *Facundo* revoleaba su temible maza desde las columnas del viejo *Nacional*; los salones se habían transformado; el gusto, el arte, la moda, habían provocado una serie de exigencias sin las cuales la vida social era imposible. Los cómicos españoles de antaño ya no entretenían como veinte años atrás; la aldea de 1862 tenía muchos detalles de ciudad; se iba mucho a Europa; las mujeres cultivaban las letras.

«La vieja moda, aquella que envolvía a las mujeres en verdaderas bolsas de tela, había desaparecido»; «en los colores mismos, se había operado una revolución; nada de celeste y blanco como antes, nada de color rosa; una mujer del gran mundo no

estaba bien vestida sin llevar un medio color indeterminado en los siete de la paleta: oro y plata viejos, óxido y marfil antiguo». «No era *chic* hablar español en el gran mundo; era necesario salpicar la conversación con algunas palabras inglesas y muchas francesas, tratando de pronunciarlas con el mayor cuidado para acreditar raza de gentil hombre».

La generación que ha ido formándose y madurando con el proceso de esta transformación, se encuentra en medio de ella inquietada por complejas reacciones de ánimo.

Vibra con las luces y los impulsos del espíritu nuevo, cuyos rasgos de objetividad intelectual y cuya actitud de duda científica alerta a las revelaciones de la revisión positivista de las ideas y valores de ayer, han suscitado los nuevos puntos de vista propuestos por la filosofía, la sociología y el criterio experimental de la segunda mitad del siglo XIX.

El viaje a Europa, a París, se ha hecho parte obligada del programa intelectual y social de la juventud de entonces; la lectura de los libros franceses es la pasión de las inteligencias ávidas de prestigiosa riqueza y novedad de ideas. Esto crea un contacto cada vez más directo e íntimo con las manifestaciones del pensamiento europeo y de la vida en las grandes capitales, que amplía a términos espaciosos el horizonte espiritual determinando una generalizada compenetración con formas de sociabilidad y expresiones de gusto literario, artístico y mundano, propias de una cultura refinada y exigente.

De aquí la caracterización peculiar de esa generación del 80 con rasgos de penetrante intelectualismo crítico al servicio de un verdadero prurito de buen gusto, de finura y elegancia de espíritu, que se complace en la esgrima de la frase cáusticamente gráfica en guerra contra el rutinarismo mesocrático de la tradición hispano-criolla, contra la vulgaridad de cuño rural y la intelectualidad de los practicones de la política casera, que imprimen al cuadro bonaerense rasgos de sociedad lugareña.

En suma, el clásico perfil *porteño*, afirmado con rasgos de moderno europeísmo.

La tradición histórica y social de la metrópoli rioplatense y la complacencia de la cuna ilustre, cumbre del pensamiento y de la influencia directiva en todo tiempo, forjaron esa expresión de personalidad colectivamente individualizada por atributos de airo-sa superioridad aristocrática en el sentido de selección sociológica.

El tipo *porteño*, creación directa, íntima, de la ciudad capital *per se*, expuesta a todos los vientos que circulan en el libre espacio dilatado por el inmediato Atlántico, se caracterizó con una agilidad de espíritu y una frescura de ánimo trasuntadas en fácil, comprensiva y móvil inteligencia y en un animado humor festivo de intencionado decir. «Nacen burlones», — escribió Juan Cruz Varela, de los hijos de Buenos Aires.

Cierto primor de superficialismo que nunca excluyó los apasionamientos generosos, cierto aire negligente, como de quien no se esfuerza por los demás, y cierta donosa petulancia natural, contribuyeron como elementos exteriores a definir en el *porteño* un sujeto de fina estirpe criolla cuyo garbo de hombre de mundo concertaba amables prendas de carácter con no comunes dotes de intelectualidad flexible y brillante.

El narrador de la ya citada novela de López, novela que es un verdadero documento de costumbres y de ese espíritu crítico que las contempla con «impertinente» parisino, — define así el grupo representativo que rodea a la militante señora Berrotarán.

En su partido «figuraba la mayor parte de la burguesía porteña: las familias decentes y pudientes; los apellidos tradicionales, esa especie de nobleza bonaerense pasablemente beótica, sana, iletrada, muda, orgullosa, aburrida, localista, honorable, rica y gorda».

Cuatro años antes de *La gran aldea*, el ácido satírico del mismo López había grabado ya el aguafuerte de «Don Polidoro» al tropezar en París con el tipo del hacendado argentino, obra de sólida y basta mampostería rural que ve cómicamente frustrado en la prole un primer ensayo de refinación europea.

Es de señalarse, entre tanto, el hecho de que mientras de tal

suerte se siente ese núcleo de figuras europeizantes en contradicción con el pesado burguesismo criollo, no manifiesta siempre su ingenio toda la esbelta distinción que aquel descontento de lo vulgar haría suponer.

Ese Lucio López, considerado como uno de los espíritus más finos de su generación, condimenta muy a menudo con sal gruesa su humorismo satírico en *La gran aldea*, y no esquiva siempre los toques de un realismo de franco mal gusto:

«...mira todo lo que le rodea con satisfecha apatía, llevando la mano al renegrido cabello y dragándose la caspa de aquella mollera inerte con la uña afilada del índice.» «Abrió entre sus manos grasas y carnudas un libro cuyas páginas alumbraba un monigote con un cirio, y eructó sobre el cadáver en latín bárbaro y gangoso, algunos rezos.»

Por lo demás, el rasgo caricaturesco de manó pesada abunda en el trazado de los tipos que desfilan en ese documento literario de la «nueva sensibilidad» ochentista, para emplear la fórmula de los renovatistas de hoy.

A su vez, Eugenio Cambacéres (más reciamente enemigo aun del rancio vulgarismo criollo), cuenta en *Potpourri* anécdotas en que rezuma el Quedo del romance sobre la pavora de los condes de Carrión y de las páginas que la grosería popular nos legó en *El gran tacaño* con la broma de que hacen víctima al protagonista los criados de la posada estudiantil, por ejemplo. Recuérdese aquel tufo que el narrador bonaerense introduce en la sala de misia Pepa como reliquia de un resbaladizo paso en la calle; toque cómico que, por lo demás, se concierta con detalles y expresiones de tan característica vulgaridad como el tropezón con maltrato de un callo, la catástrofe de la taza de chocolate derramada sobre la dueña de casa («si hubiera tenido un zapato a mano, aunque fuera de gallego, me emboco en él de zopetón»), y el final derrumbamiento del héroe de la aventura arrastrando en su caída un estante de biblioteca simulada, mesa, lámpara y cuanto halla a su alcance.